

Capítulo uno

El asesino acechaba entre las sombras.

Protegido por la oscuridad que envolvía el elevado techo de la sala, se deslizaba aferrándose a las vigas hacia la trémula luz de las antorchas que ardían debajo de él. Invisible como el viento y silencioso como la muerte misma.

De la majestuosa sala llegaban festivas notas musicales. La flor y nata de Nimea del Norte, doscientos caballeros y damas, llenaba el gran salón del Castillo de Ostergoth. Por encima del estruendo se escuchó el chasquido de un látigo. El plato fuerte de la velada lo constituía un anciano habitante de las colinas, con el torso desnudo y atado a un bastidor de madera. Sus hombros y la espalda estaban cubiertos por lívidas cicatrices sangrantes. Mientras los invitados del duque de Reinard se atiborraban de finos manjares, el verdugo les entretenía con su trabajo.

El látigo chasqueó de nuevo y un estremecimiento recorrió el cuerpo del viejo. Un ataque de risa hizo que el duque derramara vino en sus ropas forradas de armiño y echara a perder el vestido amarillo de la pálida y temblorosa niña que estaba sentada en su regazo. La chica empezó a temblar al intentar limpiar el duque su corpiño con una servilleta empapada y soltó un chillido cuando éste hizo algo obsceno debajo de la mesa. Trató de escabullirse, pero el duque la agarró con presteza y sus carcajadas se hicieron aun más fuertes.

Caim apretó los puños envueltos en guantes. Había llegado la hora de empezar a trabajar.

Abandonó la cruceta y se dejó caer sobre una balconada que sobresalía del muro de piedra. Agazapado detrás de la barandilla, descolgó la bolsa que llevaba al hombro y la vació. Con movimientos estudiados, unió las dos piezas curvas hechas de cuerno laminado de las que constaba su arco. Abrió el carcaj lacado y sacó tres flechas. Cada flecha estaba rematada por brillantes plumas de color índigo, un diseño empleado por las tribus de las montañas del este de Ostergoth. Era una exigencia del cliente.

Caim colocó la flecha en la cuerda y levantó el arco. Inspiró profundamente mientras apuntaba con la flecha. De repente notó una sensación molesta en la boca del estómago. *Los nervios.*

Corrigió la trayectoria teniendo en cuenta la distancia y la deriva. La muchacha había logrado escapar del lascivo abrazo del duque, al menos por el momento.

No te preocupes, cariño. Caim tensó la cuerda al máximo. *No volverá a molestarte nunca más.*

Justo cuando estaba a punto de disparar, su objetivo se inclinó para soltar una carcajada en el oído de una hermosa dama sentada a su lado. Los dedos cubiertos de anillos del duque acariciaban los collares de perlas en el generoso escote de su vecina de mesa. Caim contuvo la respiración y empezó a contar siguiendo el ritmo lento y regular de su pulso.

Tres... cuatro...

En cualquier momento, el duque volvería a su posición y presentaría un blanco perfecto.

Siete... ocho...

Su objetivo estaba fijado, las manos firmes.

Once... doce...

De repente algo, como una pluma, le acarició los hombros. Sin quitar los ojos del duque, Caim alcanzó a ver un reflejo plateado.

—Hola, amante —le susurró una voz al oído.

Unos dedos fantasmales cosquilleaban la cintura de Caim, pero éste no apartó la mirada de su objetivo.

—Hola, Kit.

—Haciendo otra muesca en tu cinturón, por lo que veo.

Dio un respingo por el volumen de su voz, que se elevaba por encima de la algarabía. Aunque nadie pudiera oírla, estaba echando a perder su concentración.

—Estoy ocupado. Ve a buscar un nido de conejos para jugar con ellos mientras termino lo que estoy haciendo aquí.

Kit apretó la cara contra su mejilla para observar hacia dónde apuntaba la flecha. Aunque él no podía sentirla, notaba pequeñas punzadas en las zonas en las que la piel de ella entraba en contacto con la suya. Un mechón de cabello plateado caía sobre el ojo izquierdo de él. Caim resistió el impulso de apartarlo, sabiendo que no serviría de nada intentarlo, y tensó la cuerda del arco una pulgada más.

—Los conejos viven en madrigueras, no en nidos —puntualizó Kit—. Y tú estás apuntando demasiado bajo.

—Déjame en paz. Lo tengo a tiro.

—La flecha le pasará a medio pie del cuello.

Caim apretó los dientes cuando el duque se apartó de la noble dama para dar una palmada en la espalda de Liram Kornfelsh, del gremio de mercaderes Kornfelsh. El gremio apoyaba incondicionalmente al duque Reinard, con la esperanza de secundar su ascenso al poder hasta llegar al sanctasanctórum de la capital.

—Estoy apuntando a su corazón. Ahora déjame en paz un minuto.

Kit saltó sobre la barandilla, ligera como una mariposa. Era como una copia a escala de una mujer, y su figura colmaría las fantasías de cualquier hombre. Aunque de talle muy fino, el resto de sus formas eran más bien exuberantes, y tenía la piel suave con un tenue brillo oliváceo. El vestido que llevaba, apretado y con una falda absurdamente corta, apenas dejaba nada para la imaginación. Caim suponía que daba igual, ya que nadie más podía verla salvo él.

Kit, haciendo equilibrio sobre sus pies descalzos, chasqueó la lengua.

—¿Y si lleva una cota de malla bajo esa espantosa camisa?

—La punta está preparada para atravesarla —Caim señaló con la barbilla la punta reforzada de la flecha—. En cualquier caso, no lleva armadura. Le molesta su peso. Por eso se rodea de tantos soldados.

De todos modos, volvió a comprobar su objetivo. El duque seguía maltratando a sus invitados. Caim deseó que se sentara derecho de una vez. Sus dedos se estaban entumeciendo.

Kit se dio la vuelta y se posó en la estrecha barandilla.

—Por todos los santos. ¿Vas a terminar esto de una vez? Hay muchísimo ruido aquí. Casi no puedo oír mis pensamientos.

—Un momento.

El duque se recostó en su silla, con los hombros enmarcados por el amplio respaldo de roble. Caim soltó la cuerda del arco. Justo en ese momento el objetivo miró hacia arriba. El vino corría por la grasienta barbilla de Reinard cuando sus miradas se cruzaron.

La flecha atravesó la sala como un halcón que cae sobre su presa. Fue un tiro perfecto, una muerte segura. Pero justo antes de que alcanzara su objetivo, la luz de las antorchas parpadeó. Las copas se volcaron. Los platos se estrellaron contra el suelo. Caim sintió que los pelos de su nuca se erizaban al ver a Liram Kornfelsh tendido delante del duque, con las plumas azules de la flecha asomando del orificio en su garganta justo por encima del prendedor de esmeraldas.

Los gritos resonaron en las altas paredes de la sala, los invitados habían saltado de sus asientos, todos excepto Kornfelsh, que se quedó atravesado en la mesa principal como un jamón excesivamente grande. El duque juntó las manos mientras sus soldados corrían a rodearlo.

Caim cogió las otras flechas y las disparó en una ráfaga. La primera entró por el ojo izquierdo de uno de los guardaespaldas. La segunda atravesó el escudo y el antebrazo que lo sujetaba de otro soldado, pero el duque seguía intacto. Caim tiró el arco y corrió por la balconada.

Kit se deslizaba por la barandilla junto a él.

—Te dije que estabas apuntando mal. Tienes un plan alternativo, ¿verdad?

El asesino apretó fuertemente las mandíbulas. La única cosa peor que haber echado a perder un trabajo era hacerlo delante de Kit. Ahora tendría que bajar y ensuciarse. A la espalda llevaba un par de puñales *suede*. Dieciocho pulgadas de acero de un solo filo brillaban a la luz de las antorchas.

Al final de la balconada surgió un centinela. Caim se deslizó por su lado, lo suficientemente cerca como para notar que su aliento apestaba a vino; el centinela retrocedió golpeándose contra la pared. Su vida se escapaba entre los dedos que intentaban tapan la sangrante herida de la garganta.

Abajo, los guardaespaldas llevaban al duque hacia la puerta en la parte posterior de la sala. Caim saltó por encima de la barandilla, pasando a través de Kit. Por un momento, mientras sus cuerpos se fusionaban, noto que un hormigueo se extendía por toda su piel, de pies a cabeza. Una lanza brilló a unos centímetros de su rostro en el momento de aterrizar en la mesa central. Se deslizó a lo largo de la pulida mesa haciendo que la vajilla saliera volando.

—Se marcha.

Kit estaba flotando sobre su cabeza. Caim espetó con rudeza:

—¿Qué haces que no le sigues?

Kit desapareció lanzando un bufido.

Caim abrió la puerta de una patada. El duque se dirigía a sus habitaciones en el último piso de la torre, donde podría refugiarse hasta la llegada de los refuerzos. En ese caso Caim estaría bien jodido. Hasta ahora nunca había dejado de ejecutar un encargo y no tenía intención de empezar hoy.

El corredor estaba a oscuras. Se adentró corriendo, pero una súbita sensación de peligro le hizo detenerse. Esa vacilación le salvó la vida: la hoja de una espada atravesó el espacio vacío donde debería haber estado su cuello. Caim se agachó y acometió con los dos puñales. El *suede* de la mano izquierda atravesó un manto colorido y chocó contra la cota de malla, pero la hoja del derecho encontró un hueco entre la armadura. Entre las sombras se oyó un lamento mientras el guardia oculto caía hacia adelante. Caim sacó sus puñales y siguió corriendo por el pasillo.

A los pisos superiores conducía una única escalera. Los peldaños ascendían en espiral, girando en sentido de las agujas del reloj alrededor de un pilar central hecho de grandes bloques de piedra. Caim subió saltando los escalones de dos en dos. Al llegar al primer descansillo, el ruido de la cuerda de una ballesta llegó a sus oídos una fracción de segundo antes de que la flecha pasara casi

rozándole. Caim se arrojó contra la pared. De alguna parte de arriba le llegaba el staccato de una manivela tensando la ballesta.

Caim se separó de la pared de un salto y se precipitó por las escaleras tan rápido como le permitían sus piernas. En caso de que hubiera un segundo arquero acechándole, estaría muerto antes de descubrirlo. Completó otra vuelta a la escalera. En el rellano de arriba había un balletero solitario, que estaba girando con furia la manivela de hierro para volver a cargar el arma. El soldado dejó caer la ballesta y cogió la empuñadura de la espada, pero Caim le acuchilló antes de que hubiera podido sacar el arma.

Caim se deslizó por el tramo de escaleras que conducía hasta el último piso de la torre. El descansillo superior estaba vacío. Las velas goteaban cera desde los apliques de bronce de la pared iluminando la bifurcación. Apoyó la espalda en la fría pared de piedra y se asomó al pasillo que conducía a la habitación principal. Hasta el momento el duque había demostrado una gran habilidad sacrificando a sus hombres para salvar su propio pellejo. Dos guardaespaldas ya estaban muertos. Arriba quedaban otros dos. Un tanteo muy decente. Caim avanzó por el pasillo. La puerta de los aposentos de Reinard estaba reforzada con gruesos flejes de hierro. Seguramente la habrían apuntalado desde el interior. No había nada que hacer sin un hacha, pero Caim tenía otro plan.

Se dirigía hacia la ventana cerrada en una de las paredes del pasillo cuando la cabeza y un hombro de Kit se asomaron a través de la puerta.

—Date prisa —dijo—. Está preparándose para huir.

Al abrir los postigos de la ventana, una brisa fresca sopló en la cara de Caim. Ante él se extendía un precipicio de sesenta pies.

—No tiene por dónde escapar.

—Puede que sí. Hay un pasadizo secreto que conduce fuera de la torre.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no lo mencionaste antes?

—¿Cómo iba a saber que estaba allí? Está muy bien escondido, detrás de un armario.

Caim puso un pie sobre el alféizar. El tiempo se agotaba. Si el duque conseguía abandonar la torre, sería casi imposible volver a atraparlo.

—Vigila ese túnel secreto, Kit. Sigue a Reinard si intenta salir. Te alcanzaré.

—Está bien.

Kit volvió a desaparecer dentro de la habitación. Caim se asomó a la ventana. Seguía sin comprender qué había ido mal en la gran sala. El disparo había sido perfecto. Pero ahora ya nada se podía hacer al respecto, salvo enmendar el error y escapar.

Mientras subía al alféizar, vio el contorno de otra ventana al mismo nivel a unos treinta pasos de distancia, iluminada desde dentro por una tenue luz parpadeante. La mente de Caim ya estaba elaborando planes de fuga mientras tanteaba con los dedos la pared exterior. Una vez terminado el trabajo, escaparía bajando al patio del castillo, o podría utilizar el túnel secreto del duque. Cualquiera de las dos opciones tenía sus riesgos. A estas horas ya debería estar fuera del castillo. Con cada minuto que pasaba se reducían sus posibilidades de éxito.

Los grandes bloques de sillería de la pared exterior de la torre eran una buena protección contra las armas de asedio, pero las anchas grietas entre las piedras estaban hechas como a propósito para la escalada. Encontró una grieta en la pared y trepó sin pararse a pensar en la prudencia. Odiaba la precipitación en su trabajo, pero se estaba quedando sin opciones. Se concentró en la escalada.

Notó un cosquilleo en la espalda al llegar al punto intermedio entre las ventanas. Se quedó inmóvil, pegado al muro de piedra. Algo le obligó a mirar hacia arriba. Una espesa capa de nubes cubría el cielo nocturno. La luz de las antorchas del patio se reflejaba en las almenas del castillo. Al principio no vio nada. Entonces, algo se movió entre las almenas. Caim contuvo la respiración cuando vio una silueta justo encima de donde se encontraba, una forma sinuosa deslizándose a través de la oscuridad. Durante un terrible momento pensó que la sombra lo había visto, pero ésta desapareció.

Caim esperó varios latidos del corazón antes de atreverse a respirar de nuevo. ¿Qué estaba pasando? No tenía tiempo que perder. Tratando de apartar al fantasma de su mente, se centró en su siguiente paso.

Segundos más tarde, ya estaba en la ventana. El cristal se abrió con un ligero tintineo, pero nadie del interior lo escuchó. La ven-

tana daba al dormitorio principal. Más allá se divisaban las puertas de otras habitaciones y la puerta reforzada que conducía al pasillo que había abandonado minutos antes. Ante la puerta del pasillo estaban apostados dos guardaespaldas; con las espadas desenvainadas miraban la puerta como si esperaran que Caim irrumpiera a través de ella en cualquier momento. El duque se encontraba encorvado sobre un pesado baúl.

—¡Ulfán, deja esa maldita puerta y ayúdame!

Uno de los guardaespaldas se volvió justo en el momento en que Caim entraba por la ventana. Abrió la boca para lanzar el grito de advertencia, pero no le dio tiempo. Con un rápido movimiento de la mano Caim arrojó el puñal. El guardaespaldas retrocedió dejando que un manantial de sangre humeante brotara de su cuello y cayó de rodillas con el mango del puñal sobresaliendo de la garganta.

Reinard dejó caer un pesado saco que tintineó al chocar contra el suelo.

—¿Qué?

Caim sacó el otro puñal y cruzó la habitación mientras el segundo guardaespaldas se volvía hacia él. En el momento en que el soldado levantó el brazo con la espada, Caim se lanzó hacia él e introdujo su arma hasta el fondo por una articulación de la coraza en la axila del guardaespaldas. Éste soltó un grito ahogado y se deslizó al suelo hasta liberar el filo del puñal.

—¡Caim! —gritó Kit detrás de él.

Caim se volvió con las rodillas dobladas y puñal en mano. Desde su posición podía ver el armario del que le había hablado Kit. Lo habían movido a un lado dejando al descubierto la negra boca del túnel que se abría en el muro. De allí acababa de salir un joven vestido con la librea del duque; tenía el pelo rubio y una corta perilla, y en la mano llevaba la espada. Caim se apartó de la trayectoria de la espada y clavó el puñal en el costado de su oponente. La punta chocó contra una costilla. Caim desvió la hoja y la hizo pasar entre los huesos atravesando el tejido conjuntivo.

Mientras caía al suelo, el último aliento del joven se escapaba por la herida abierta.

El duque intentaba ocultarse tras una enorme cama con dosel sostenido por cuatro columnas.

—Por favor.

Sus mejillas temblaban mientras levantaba las manos delante de él. La palma de su mano tenía una marca encarnada.

—Te daré lo que quieras.

—Sí —Caim atravesó la habitación—. Lo harás.

El duque murió con bastante menos esfuerzo que sus guardaespaldas. Caim dejó el cuerpo tendido en la cama con un orificio sangrante en el pecho. No había sido capaz de matar a Reinard delante de los invitados a su cena. Sus clientes tendrían que conformarse con esta carnicería. El mensaje había sido enviado.

Caim sacó su puñal y revisó la habitación. Si se daba prisa, podría estar fuera de estos muros y del castillo antes de que los hombres del duque organizaran la búsqueda. No esperaba que lo siguieran durante mucho tiempo. Con su señor muerto, estarían más preocupados por encontrar y proteger al heredero de Reinard. Se decía que el joven lord Robert era un muchacho decente, en nada parecido a su monstruoso padre. El ducado se convertiría en un lugar mejor.

La mirada de Caim se posó sobre el cuerpo del joven tirado cerca de la entrada del túnel. Nunca había visto a lord Robert, pero contaba con una buena descripción. Veintidós años, pelo castaño claro, un conato de barba y ojos azules. El joven tumbado en el suelo coincidía demasiado con la descripción para ser una simple coincidencia. Caim maldijo entre dientes. Adiós a la esperanza de dejar estas tierras al cuidado de un señor más sabio y tolerante.

Kit atravesó la puerta del pasillo.

—Dentro de poco tendrás compañía.

Caim contempló la ventana abierta.

—¿Cuántos?

—Más de los que puedas manejar. Créeme.

—Te creo. ¿Qué pasa fuera?

—Todas esas bellas damas y sus caballeros han montado un auténtico revuelo en el patio. Todas las salidas están selladas, y han incrementado el número de hombres en las murallas. Partidas de búsqueda están rastreando el castillo.

—¿Y el túnel?

Kit le dedicó una sonrisa descarada.

—Muchas escaleras, y el resto de los guardaespaldas del duque te esperan al otro extremo. No creo que se sintieran felices al verte aparecer antes que su jefe.

Caim limpió sus puñales en las ropas de lord Robert. Nada salía como debía esta noche. Iba a tener que utilizar su última opción. Por la expresión divertida de su rostro, se dio cuenta de que Kit también lo sabía. Odiaba darle la razón, pero, seguramente, odiaba aún más morir. Recorrió la habitación apagando velas y lámparas hasta dejar la cámara sumida en la oscuridad a excepción de una única lámpara colocada al lado de la boca del túnel. Ignoró el baúl de viaje del duque y ni siquiera miró los sacos tirados por el suelo. El contenido de uno solo de aquellos sacos le permitiría vivir desahogadamente durante un año, pero él era un asesino, no un ladrón.

Unos pesados puños golpearon la puerta.

—Será mejor que te des prisa —dijo Kit.

Caim trató de ignorarla mientras hundía la espalda en la pared en la parte más oscura de la habitación. Allí, entre las sombras, cerró los ojos y dejó fuera el mundo exterior. Se centró en el gusanillo del miedo que estaba agitándose en su interior. El miedo era la clave. Siempre estaba allí, oculto bajo capas de negación y represión. Caim odiaba hacer esto. Tenía que utilizar esa sensación, permitir que lo poseyera. Al principio pensó que no saldría. Había demasiadas distracciones. El dolor estaba demasiado lejos. Pero entonces un recuerdo se apoderó de él. Era un recuerdo viejo y lleno de dolor.

Un gigantesco incendio tiñó el cielo nocturno de tonos naranja y oro arrojando sombras sobre el patio de la villa donde estaban tendidos los cuerpos alargados. Había sangre por todas partes, charcos en la grava, salpicando la cara del hombre arrodillado en el centro del patio, corriendo por su pecho como un gran río negro.

Padre...

Caim abrió los ojos cuando la oscuridad cobró vida.

Le rodeó como un manto. Para cuando los guardias consiguieron derribar la puerta, Caim ya estaba escondido entre sus pliegues oscuros. Apenas una sombra. Los soldados revoloteaban como las abejas de una colmena abierta. Algunos se precipitaron hacia el

túnel llevando antorchas encendidas. Otros se inclinaron sobre los cadáveres del duque y su hijo. Ninguno descubrió la sombra que se deslizó por la puerta y bajó las escaleras.

Una vez fuera, Caim escaló el muro exterior del castillo y se adentró en el páramo. La tamizada luz de luna se derramaba sobre él como una lluvia de gasa. A un cuarto de milla de la fortaleza, abandonó la oscuridad protectora. Se aferró al tronco de un árbol para poder mantenerse en pie mientras una oleada de desorientación sobrecargaba sus sentidos. La oscuridad se rompía ante sus ojos en miles de tonos de gris y negro. Algo se ocultó en la lejanía, más allá de los límites de su visión. No sabía cómo convocaba a las sombras. Desde sus primeros recuerdos, este poder siempre había residido en él, acechando en su interior, amenazando con estallar cada vez que estaba asustado o enojado. Con los años había aprendido a controlar estos sentimientos, pero nunca pudo acostumbrarse a su poder.

La debilidad desapareció al cabo de un minuto y la noche volvió a la normalidad. Caim reanudó su caminata a través del páramo sumido en la niebla. Kit bailaba a lo lejos delante de él como un fuego fatuo. La tenue melodía de una canción de taberna llegó a sus oídos. La vieja Kit de siempre. Nada la amedrenta. Sin embargo, no quiso acompañarla en su fiesta. Ni siquiera la perspectiva de una considerable recompensa que pronto cobraría consiguió levantar su ánimo. La inquietud se había instalado en su interior, levantándose como una ola marina para arrastrarlo a las profundidades desconocidas. Sus pasos se hicieron más lentos en la niebla.

Arriba, una estrella solitaria atravesó la cubierta de nubes. Como un hombre que encuentra su hilo de salvación, caminó hacia ella, siguiendo su brillo en la oscuridad.